

Ensayo:

Historia y ciudadaníaVíctor Hugo Acuña Ortega¹Escuela de Historia Posgrado Centroamericano
en Historia-CIHAC UNIVERSIDAD DE COSTA RICA**Resumen:**

Este ensayo discute los “usos” que los diferentes grupos sociales hacen del pasado y cómo estos usos construyen las identidades, es decir, cómo se apropian de una historia en función de preocupaciones e intereses actuales o aspiraciones futuras. También trata de establecer las formas cómo se elabora el conocimiento histórico, siguiendo los procedimientos propios de la disciplina histórica, a fin de diferenciar entre la historia, como conocimiento científicamente elaborado, y los “usos” sociales de la historia. El autor demuestra la importancia de la enseñanza de la historia en la educación superior y en la formación de ciudadanos responsables, críticos y tolerantes, en tanto que permite una mejor comprensión de la realidad social del pasado y el presente.

El objetivo de este ensayo es reflexionar sobre la importancia de la historia en la formación de los universitarios y sobre el lugar de esta disciplina en la educación, en general y, en la educación superior, en particular. Es una invitación a tomar posición frente a la inevitable y recurrente cuestión de la responsabilidad social de la disciplina histórica.

El punto de partida de esta reflexión es el problema de los usos sociales del pasado, pero su objetivo será, responder a la pregunta: ¿para qué sirve o para qué debe servir la historia?; por eso he titulado este trabajo “Historia y ciudadanía”. He evitado la tentación de hacer referencia explícita a la relación “historia e identidades”, tema muy debatido en la actualidad, porque me parece que la función de la historia no se limita a dar sustento a la creación de identidades particulares, sino que trasciende hacia una tarea más universal: promover la conciencia ciudadana y el reconocimiento del derecho a la diferencia.

En efecto, el problema que se plantea es tratar de determinar qué relaciones deben tener niños, jóvenes, hombres y mujeres de nuestro tiempo con el pasado, y el sentido o la naturaleza de esas relaciones. Es bien sabido que el vínculo con el pasado es siempre mezcla de recuerdo y olvido, del mismo modo que dicha relación puede ser tanto de veneración como de desdén. Todos los grupos humanos mantienen alguna vinculación con el pasado, pero esa relación dista mucho de ser universalmente homogénea. Para dar un ejemplo, en una sociedad como la estadounidense pareciera importar más el futuro que el pasado, mientras que en la mayor parte de las sociedades europeas el pasado es mirado con respeto, por no decir reverencia. Pero, incluso en dichas sociedades, el pasado puede ser mirado con pretensiones de grandeza y superioridad, o con inquietud y embarazo, como es el caso de la sociedad alemana contemporánea en relación con la postura que debe asumir frente a las in-

¹ Originalmente, este ensayo fue escrito para la conferencia de inauguración del año escolar 2002 de la Licenciatura en Historia de la Universidad de El Salvador. El Consejo Editor de la Revista Humanidades, decidió publicarlo en razón de su relevancia, no solo para la universidad misma, sino para el país y agradece al Doctor Acuña su autorización para la publicación.

evitables interrogantes sobre sus responsabilidades en la terrible historia del siglo XX.

Nos ha tocado vivir una época anclada en la fantasía de la abolición del pasado. El cambio tecnológico constituye el paradigma de la civilización actual y su ley de hierro es la obsolescencia. Apenas salido al mercado, cualquier producto comienza a envejecer.

La cultura de masas, que es la principal fuente de nuestros modelos de vida cotidiana y la materia prima de nuestros sueños, persigue la ilusión de licuar constantemente el presente. Toda cartelera es algo nacido para morir en escasos días o semanas. El presente se disuelve continuamente y el futuro en cada instante se escapa. Ya no cabe tiempo ni lugar para el pasado.

Sin embargo, el pasado reaparece inesperadamente en los sitios más inconcebibles; por ejemplo, desde hace un tiempo en la figura ominosa de un magnate iluminado del Islam, elusivo habitante de cavernas y especie de eremita del mal que se atrevió a retar a la nación más poderosa del mundo, pero también desde hace algunas décadas en las voces de alarma de quienes claman por el planeta.

Bien sabemos que la naturaleza es la obra lenta, muy lenta del tiempo, y la factura que ya nos ha empezado a cobrar da testimonio de nuestra insensata manera de pretender suprimir lo que el paso del tiempo nos ha legado y de rendir culto a la religión del tiempo fugaz.

Paradójicamente, la esencia de la condición humana es el deseo de superar el pasado, pero somos víctimas de la utopía de la abolición instantánea del tiempo. Precisamente, frente a quienes pretenden disolverlo, sus adversarios actuales invocan un pasado fosilizado y opresivo. No podemos hacer una lectura literal de lo que llamamos tradición, ni podemos tampoco aplicarle los criterios de obsolescencia con los cuales funciona el mercado de los productos de alta tecnología. El pasado pesa en el presente, aunque nos sea invisible y es vano querer derogarlo sólo en el

imaginario. Desgraciadamente, la realidad virtual, aún no ha podido suprimir las tremendas disparidades en que se encuentra desgarrado el planeta y la especie humana.

No podemos negar la eficacia del cambio tecnológico, pero no podemos dejar de preguntarnos las razones de sus límites sociales y espaciales. Aquí es donde quizás, aparentemente escondido, el pasado opera como inercia y resistencia.

El espejismo del futuro, que hoy hace furor en todo el planeta y entre nosotros también, no es nuevo en la historia centroamericana y nos sirve para recordar nuestros continuos desencuentros con la modernidad y nuestra manera de ingresar a ella apenas a medias, en los últimos dos siglos. Los ilustrados de antes de la Independencia, los protagonistas de la experiencia federal, los liberales con sus ferrocarriles, los desarrollistas de los tiempos del Mercado Común Centroamericano, los revolucionarios de la década de 1980 y los apóstoles del libre mercado y de la globalización de tiempos recientes han compartido la misma fantasía de creer poseer la llave del futuro. Todos ellos decretaron el fin del pasado y todos fueron vencidos por él. Ese pasado, en nuestro caso, es la herencia de atraso económico, inmovilismo social y autoritarismo político.

Nuestra manera de concebir el pasado es diferente de la forma de mirar el tiempo de muchas civilizaciones y culturas de otros tiempos y de otros lugares. Para muchas de ellas el pasado se integra en sus mitos y cosmogonías, entrelazando las acciones de los humanos con las de sus dioses. Por el contrario, en nuestras sociedades -por lo menos desde la época del Renacimiento-, el pasado es una instancia totalmente secular de la cual ya han sido expulsados los dioses y en la cual el mito no se confunde con lo que llamamos historia.

Así, cuando los historiadores hablamos del pasado pensamos en una dimensión de la realidad empírica racionalmente cognoscible y

que aunque, no directamente observable, por razones obvias, podemos aprehenderla por medio de los indicios o restos que han sobrevivido hasta nuestro presente.

En consecuencia, nuestra relación con el pasado se basa en el supuesto de que podemos asegurar que su existencia fue real y el saber que producimos sobre él es demostrablemente verdadero. En suma, nuestra relación con el pasado se basa en la convicción de que historia y ficción son distinguibles. Para nosotros es capital tener certeza de que Francisco Morazán es una persona que efectivamente existió y cuyas acciones y experiencias podemos conocer y valorar de algún modo racional y empírico.

Esta peculiar vinculación con el pasado, en donde mito e historia se distinguen y en donde el proceso histórico es un movimiento puramente humano, determina la forma legítima en que en nuestras sociedades podemos hacer uso del pasado. En la dinámica del poder de nuestras sociedades con frecuencia invocamos el pasado a nuestro favor, dando por entendido que ese pasado no es ficticio. Precisamente, en las disputas en donde se recurre a los usos del pasado se descalifica al adversario afirmando que carece de pruebas o que sus testimonios son falsificaciones.

Hacer uso de pasado es hacer uso de un arma muy poderosa porque nos permite hablar, supuestamente, en nombre de la verdad. De este modo, nuestra peculiar manera de concebir el pasado penetra los más diversos actos de la vida social y evidentemente legítima y autoriza. Como sabemos, el pasado es un elemento constitutivo de los procesos de elaboración de identidades. Todo grupo humano que quiere reivindicar una identidad tiene que apelar a un pasado. El siglo XX ha sido testigo de las tragedias que producen la política de las identidades y determinados usos sociales del pasado.

Es conocido que en el siglo XIX y en gran parte del siglo XX, los estados latinoamericanos, siguiendo modelos europeos, concie-

bieron el uso del pasado en términos de historia patria, historia que tenía por función enseñar a los futuros ciudadanos y a los mayores el amor a la nación a la que se pertenecía y el respeto al Estado del cual formaban parte. Obviamente, pese a que los resultados del programa para la historia que dependieron del grado de implantación del sistema educativo estatal y del nivel de integración de la población en la vida ciudadana. De todos modos, en sus inicios, la única manera posible de concebir la historia como saber fue la historia patria, lo cual, de modo inevitable, creó una confusión entre la historia como saber crítico y su uso social para el proyecto de construir los estados e inventar las naciones.

Es necesario detenerse en el problema de los criterios sobre el carácter objetivo de los conocimientos producidos por la disciplina histórica, ya que si la historia patria tenía valor y eficacia social era porque se suponía que era real y verdadera. Pero, entonces se nos abre una interrogante: ¿de qué manera y quiénes pueden y deben dar garantía de la verdad sobre la historia?. No es casual que a fines del siglo XIX, la mayor parte de los estados promovieran la fundación de archivos nacionales, las conmemoraciones históricas, la redacción de historias nacionales y la enseñanza de la historia patria en los distintos niveles del sistema educativo.

La garantía de la verdad de la historia vino a ser dada por un conjunto de personas dedicadas al cultivo de esa disciplina. No obstante, si este fue el caso en países como Alemania y Francia, en América Latina hasta bien entrado el siglo XX, la historia era practicada como pasatiempo o de manera aficionada por abogados y hombres de letras.

En los países más grandes del subcontinente se impartían clases de historia en las escuelas de derecho y en las de filosofía y letras; pero, la historia como carrera solo se difundió en la segunda mitad del siglo XX. Hasta el presente, en los países centroamericanos no es raro encontrar una persona, símbolo por excelen-

cia del saber sobre la historia patria en cuya cabeza está depositado todo un tesoro de erudición y conocimientos. En todo caso, tales personas son consideradas por la sociedad, en especial por las elites políticas e intelectuales, como depositarias de un “saber verdadero”.

Ese saber verdadero fue el que dio fundamento a las reivindicaciones en las disputas limítrofes entre los distintos estados; estableció el juicio válido sobre como mirar la experiencia colonial y fundó el derecho de algunos a pertenecer al panteón de la patria y condenó a otros al ostracismo en la memoria nacional.

En la mayor parte de los países latinoamericanos terminó rigiendo como canon ortodoxo del conocimiento histórico la perspectiva de los liberales que condenaba la herencia hispanocatólica, glorificaba a los próceres de la Independencia, estigmatizaba a los conservadores y culpaba al indio por ser refractario al progreso.

En la segunda mitad del siglo XX, la vida política y social de estos países encontró nuevos usos del pasado. En el contexto de nuevos conflictos sociales, políticos e ideológicos, la vieja historia patria sufrió el ataque de quienes pensaban que la función de la historia era comprometerse con las luchas de las clases populares y con la elaboración de diagnósticos y pronósticos sobre su muy próxima redención. Este ataque tuvo el efecto positivo de ampliar el objeto de estudio de la disciplina ya que favoreció el análisis del pasado de la gente común y corriente. Así, ahora se acepta que los campesinos, los indígenas, los artesanos, los obreros y las mujeres también tuvieron una existencia en el pasado, pasado que amerita ser estudiado.

En los años finiseculares del siglo XX, a medida que la esperanza en la redención social declinó, nuevos sujetos sociales vinieron a hacer política con la bandera de las identidades y, como era natural, en esta tarea fueron al rescate, como se suele decir, de su memoria perdida. En la actualidad, la cuestión étnica está en la agenda del debate político en nuestros países. Ya hemos señalado que esta labor de recuperación de la memoria por parte de determinados sujetos sociales no coincide necesariamente con el trabajo crítico de la historia, ya que dicha recuperación, como típico uso social del pasado, se hace con la finalidad de construir una identidad y no de establecer un conocimiento objetivo del pasado.

Todos aquellos que han hecho un uso con fines prácticos del pasado tendrían que sentirse realmente decepcionados ya que, para emplear una frase manida, a nadie la historia dio la razón: ni a quienes hablaron en nombre del progreso, ni a quienes lo hicieron en nombre de la revolución, ni posiblemente a quienes hoy invocan el principio étnico como fundamento de su quehacer político. En última instancia, debemos reconocer que todos hacemos uso del pasado para nuestros propios fines pero es evidente que invocar el pasado no es garantía de absolutamente nada: ni el pasado asegura la victoria, ni el pasado nos previene de cometer errores. El uso del pasado es simplemente un recurso ideológico válido para fines de lucha política.

Es imposible abolir esos usos del pasado. Siempre individuos y grupos humanos acondicionarán imágenes del pasado y de su pasado según las necesidades del presente y según sus aspiraciones futuras. El uso social del



Grabados milicianos.

J. Laferriere. De Paris a Guatemala. Notas de Voyage au Centre Amérique (Paris. Garnier Freres. Libraries-Editiurs. 1977).

pasado, la memoria, como la llaman algunos historiadores, está siempre presente en la vida social. De allí que exista el riesgo manifiesto de que el pasado sea algo que cada uno mire según su propia conveniencia. Esta eventualidad crea las condiciones para suprimir la posibilidad de distinguir entre cierto y falso.

Conservar las condiciones que hacen posible esta distinción es indispensable para el conocimiento del pasado y para la vida en el presente: cuando no se puede determinar la propia realidad de los crímenes del pasado, es imposible establecer responsabilidades. Si la verdad histórica fuese siempre relativa, los muertos quedarían sepultados para siempre bajo una loza de impunidad y los vivos en continuo riesgo e incertidumbre. De esa circunstancia nace la necesidad de separar historia y memoria, de distinguir el uso social del pasado en el marco de valores e intereses en confrontación, de ese uso social específico del pasado que postula la historia como disciplina, en donde el interés y el valor, por más legítimos que sean se subordinan a la voluntad de esclarecer la realidad objetiva.

De este modo, volvemos al problema del carácter objetivo, para no emplear el término verdadero, del conocimiento del pasado. Para que los discursos sobre el pasado no sean solo un conjunto de puntos de vista sesgados de intereses en conflicto, la única alternativa que se nos ofrece es que la historia se desarrolle como disciplina, que funcione según determinados procedimientos, los del método histórico, deudor del método científico, y en el seno de una corporación que comparta un conjunto de criterios sobre cómo debe hacerse esa práctica y una serie de mecanismos de control de calidad, si se me permite la expresión, que aseguren el carácter objetivo y cotejable del saber producido y su circulación entre quienes puedan juzgarlo. Evidentemente, en nuestra época estas comunidades de competencia, aunque sigan estando nacionalmente asentadas, tienden a ser comunidades internacionales. Es obvio que para hacer historia de Centroamérica

no hay que ser centroamericano, y quienes hoy estudian nuestra historia integran una comunidad dispersa por distintos lugares del globo.

Parece innecesario agregar que la sede por antonomasia de esta comunidad de profesionales de la historia es la educación superior y en particular las universidades. En principio toda comunidad nacional debiera disponer de una comunidad de historiadores profesionales y esa comunidad tendría que existir en el seno de una universidad donde realice las dos funciones principales que le corresponden: la enseñanza y la investigación.

No hay que creer que la comunidad de los historiadores es una comunidad de consenso alrededor de un saber técnico. Bien sabemos que nuestra disciplina está atravesada perpetuamente por debates, corrientes, inclinaciones y confrontaciones. La comunidad de competencia de los historiadores no es sólo una comunidad de saber sino también una comunidad de poder. En este sentido, la libre confrontación de ideas es inherente al trabajo del historiador.

Allí donde se imponga una "historia oficial", no puede existir la historia como disciplina científicamente orientada. Es nuestra obligación tener presente los límites de nuestras afirmaciones, del mismo modo que debemos ser consecuentes con los deberes que nos impone el método histórico y uno de ellos es el de aceptar la mirada crítica de nuestro quehacer por parte de nuestros colegas. La falsificación, la adulteración de los datos y la toma de partido por encima de ellos y contra ellos, nos deben ser ajenas.

Estoy diciendo que la historia como disciplina no puede depender del culto de unos individuos aislados, ni de unas personas que se dediquen a ella en su reposo dominical. Ciertamente, que el interés por el pasado no es ni debe ser patrimonio exclusivo de los historiadores profesionales, u otros científicos sociales. Al contrario, puede ser muy fructífera la colaboración entre el anticuario, el coleccionista, el genealogista, el historiador local y la

comunidad académica de los historiadores. Mención aparte merece la relación que debe existir entre estos y las personas e instituciones responsables de la custodia de la materia prima de la historia en archivos y bibliotecas. Pero en todo caso, considero necesario insistir en que la historia como saber objetivo, aun con las limitaciones señaladas, solo puede existir y desarrollarse en la medida en que haya una comunidad de historiadores profesionales, enmarcados en una institucionalidad universitaria.

En última instancia, de esa comunidad deben alimentarse los distintos usos sociales del pasado, ya sea en el sistema escolar, en los medios de comunicación de masas, en los debates públicos y en la propia formación universitaria. Parece inevitable que toda comunidad humana quiera transmitir a las nuevas generaciones su visión del pasado, de igual manera que el presente, dominio por excelencia de la comunicación social, utiliza el pasado a manera de espejo. No es casual que los historiadores no sólo escriban artículos para revistas especializadas, sino que, además, y quizás sobre todo, publiquen libros de distinta naturaleza cuyo público lector es más amplio que su comunidad de competencia.

Quiero detenerme en la cuestión de la conveniencia de que toda persona que recibe una formación en la educación superior reciba un mínimo de formación histórica. Tradicionalmente se ha afirmado que una base humanística debe estar presente en la práctica de cualquier carrera de educación superior. Esto sigue siendo cierto en el sentido en que una mirada más allá de la propia especialización abre las puertas a una perspectiva más amplia. Tampoco se puede negar que un poco de cultura general usualmente adorna a quien la ostenta y forma parte, al fin y al cabo, de las buenas maneras que la vida en sociedad nos impone. En fin, la curiosidad intelectual es casi siempre consustancial a una persona que recibe una formación superior y, en ese sentido, las humanidades, las letras, las artes y la historia pueden ser

fuentes para la satisfacción de dicha curiosidad.

No obstante quisiera agregar que la relación con el pasado que nos propone la historia, distinta de otros usos del pasado, puede contribuir en el desempeño de la vida ciudadana. La historia puede ser un poderoso antídoto contra el prejuicio y el inmovilismo. El conocimiento del pasado nos pone ante el hecho evidente de que el presente es muy distinto del pasado y nos pone ante la pregunta sobre ¿de qué modo lo uno devino en lo otro?. Las sociedades centroamericanas siguen aún muy marcadas por el prejuicio social y sobre todo por el prejuicio racial. El conocimiento histórico nos puede servir para ver de una manera más racional y simultáneamente más realista la situación actual, por ejemplo, de las poblaciones indígenas, sobrepasando la mirada estereotipada tradicional.

Pero el estudio crítico del pasado no es sólo cuestión de sensibilidad. También nos ayuda a colocar el presente en perspectiva, quizás porque nos obliga a aceptar que la fuerza inercial del pasado es mayor de lo que solemos admitir. En sentido estricto, la historia no puede dar lecciones de nada porque el presente es siempre inédito en relación con el pasado y a pesar de lo que a veces se dice, la historia nunca se repite. Sin embargo, el peso del pasado es siempre uno de los factores por considerar en la situación presente. La historia es una ayuda, no la única, tampoco la más importante en nuestros procesos de toma de decisiones en el presente.

En suma, se puede justificar una parte de historia en la formación de todo profesional universitario, tanto por las razones aducidas por el humanismo tradicional, como porque la historia es un saber que favorece un pensar crítico y un conocimiento que permite tomar distancia frente al presente, que se nos aparece como la forma ineludible de la realidad, y frente al propio saber en el cual se es competente.

La historia es una disciplina de contexto y es un instrumento valioso en todo esfuerzo de ampliación de horizontes y de for-

mulación de juicios y decisiones. El criterio más atinado es aquel que se forja con una visión de totalidad y la historia es una forma de conocimiento que siempre está obligada a vincular los distintos órdenes de la realidad. La historia tiene la poderosa virtud de hacer relativas tanto nuestras miserias actuales como nuestras grandezas momentáneas.

Las ideas hasta aquí planteadas parecen ser válidas para cualquier sociedad, pero quizá convenga intentar una reflexión más específica sobre lo que la historia puede aportar a las sociedades centroamericanas. El camino de la modernidad occidental ha sido de difícil tránsito para nuestros países que a veces parecieran seguir demasiado cercanos a su pasado. Todos sabemos que en las dos últimas décadas se intentó salir de ese pasado a un costo muy alto y con resultados que parecen más bien modestos. Un trasfondo autoritario y de miseria sigue teniendo vigencia en el presente.

En este sentido, el estudio crítico de ese pasado, es decir, su análisis histórico puede ser de mucha utilidad. Los historiadores centroamericanos, los que hoy existen y los que tenemos que formar en los años venideros, tenemos la tarea de estudiar nuestro pasado para determinar las razones de su peso excesivo y nocivo en el presente. Tenemos mucho que investigar para conocer las razones de nuestros desencuentros con lo que la modernidad ha prometido. El estudio científico del pasado puede ser un recurso eficaz para liberarnos de su opresión en el presente. En este sentido, estamos obligados a estudiar todo nuestro pasado, tanto el más remoto como el más reciente, para determinar de donde vienen algunas de esas condenas.

Sin embargo, pienso que tenemos una responsabilidad particular en el estudio de la historia más reciente. Durante la segunda mitad del siglo XX decenas de miles de centroamericanos murieron violentamente por razones políticas y cientos de miles padecieron persecuciones, exilios y otros sufrimientos. Independientemente de la manera en que los distin-

tos acuerdos de paz resolvieron o intentaron resolver este asunto, nuestra disciplina tiene la obligación de estudiar estos procesos con los instrumentos y con el espíritu propios del método histórico.

Una manera de reivindicar a tantos inocentes es tratar de entender -no quiero decir, justificar, ni eximir-, el tipo de sociedad y el tipo de agentes que los convirtió en víctimas. Poner la mirada crítica sobre la experiencia histórica reciente en sus dimensiones más dramáticas, no significa que no podamos hacer lo mismo sobre cambios más silenciosos pero no por ello menos importantes, como la transformación del mundo agrario en el que nacimos, en el mundo urbano, fragmentado y hostil, en el que hoy vivimos en nuestros países.

No se trata de hacer un listado de temas de investigación, sino más bien de señalar que la democratización inconclusa de nuestras sociedades requiere un continuo debate y confrontación en la vida pública; debate en el cual conocimiento histórico puede aportar sus elementos. La democratización de las sociedades centroamericanas requiere que todos los actores sociales y políticos reconozcan que habitan en un espacio común y parte de ese espacio es un pasado compartido que sigue siendo ignorado o tergiversado.

El estudio crítico del pasado es también un ejercicio de reconocimiento constante de la diferencia. La historia nacida en el siglo XIX se ocupó de poner en relieve algunos actores, en detrimento de otros. En nuestra época los procesos de democratización y la reciente ebullición de la política de las identidades, han provocado que un gran número de actores quieran apropiarse de o, como se suele decir, rescatar su pasado. En este caso, la historia como saber crítico puede contribuir a enriquecer y a atemperar este furor por el pasado. Frente a una memoria mítica de estos nuevos actores debe levantarse una historia crítica. En todo caso en este ejercicio constataremos el carácter plural de nuestras sociedades tanto en el presente como en el pasado.

Este descubrimiento de la diferencia como consustancial a toda realidad social es fundamental para el reconocimiento de la diferencia como derecho y de la tolerancia como deber en un mundo lleno de diversidades. En nuestras sociedades el derecho a la diferencia es de gran necesidad porque tenemos una fuerte propensión a etiquetar lo que de primera impresión nos resulta distinto y a mirar con sospecha toda expresión de discrepancia. Los conflictos políticos de la segunda mitad del siglo XX arraigaron hasta la perversión esta tradición unanimista, de origen escolástico y colonial y preservada por las disputas entre liberales y conservadores, de poner una marca al adversario para luego violentar sus derechos. Advierto que reconocer las diferencias no significa justificar las desigualdades. Posiblemente, se trata más bien de que los valores universales sean tanto un principio como un movimiento, tanto un punto de partida como un lugar de llegada que se alcanza en un ejercicio de confrontación y de negociación, cuya meta es, precisamente, dejar atrás, al fin, injusticias y desigualdades con una larga historia.

El estudio crítico del pasado es también un importante recurso en el proceso de volver menos opaco el mundo en que vivimos. Hoy los humildes quieren tener su historia, pero los poderosos también necesitan una historia que no sea genealogía y heráldica. El destino histórico de nuestras sociedades ha estado en manos sobre todo de quienes las han dominado y es un derecho democrático y una obligación de transparencia en la vida social conocer la historia de sus mentalidades, estilos de vida, fortunas, culturas y vínculos con el poder político y con los intereses foráneos. En última instancia, es necesario determinar en forma crítica la cuota de responsabilidad de nuestras elites en el peso excesivo que tiene el pasado en nuestro presente. Ha llegado el tiempo de revisar eventos del pasado que algunos prefieren olvidar.

Podemos acercarnos al final de estas reflexiones recordando que sólo hemos queri-

do argumentar que es necesario la práctica de la historia como un saber especializado y que el lugar que debe cobijar a la disciplina ha sido en todas partes, desde el siglo XIX, la institución universitaria. Una institución de educación superior digna del nombre de universidad debe tener entre sus disciplinas a la historia. En fin, hemos argumentado que aquellos que reciben su formación en la universidad deben incluir a la historia entre sus puntos de referencia.

En la vida social algún tipo de uso del pasado es inevitable, pero en una vida ciudadana activa y responsable una relación crítica con el pasado, esa que puede brindar la historia, puede ser instrumento de gran valor. Nuestras sociedades necesitan ser más transparentes frente a su pasado y en relación con su presente y un recurso para lograrlo es tener una comunidad profesional de historiadores dedicada a su estudio según los procedimientos de la disciplina. Es posible que nuestros jóvenes consideren que sus opciones profesionales sean de preferencia administración de negocios, computación o comunicación, pero de ningún modo la historia. Esa es su manera legítima de mirar el futuro. La universidad deberá acercarlos a su historia para recordarles que las posibilidades y los límites de sus aspiraciones tienen que ver con la naturaleza de la sociedad en la que viven y esa naturaleza tiene muchísimo que ver con el pasado de esa sociedad.

La construcción del futuro de nuestras sociedades debe estar en manos de todos, es decir, en una vivencia ciudadana responsable, en la cual nuestras decisiones surjan de la confrontación y de la negociación de intereses, valores e identidades. Precisamente, la función social de la historia es la de universalizar el derecho a la ciudadanía, la historia puede ayudarnos descubrir lo que son los intereses comunes; en este sentido, la historia no sirve a ninguna causa en específico en la medida en que a todas las pone en contexto, pero al mismo tiempo a todas sirve porque muestra la realidad de su existencia y suministra criterios y procedimientos para distinguir lo que es falso

de lo que es cierto.

Indudablemente, el valor y la fuerza de una causa no es asunto de la historia sino de la política, pero el quehacer político, si es búsqueda de valores universales y de intereses comunes, tiene en la historia un punto de referencia. En nuestras sociedades es ilusorio querer suprimir los conflictos, pero es posible convertirlos en factores de cambio y no en cadenas que nos aten. Ese es el sentido del quehacer de la historia como disciplina universitaria. Esa es, supongo, la esperanza de quienes se han empeñado en dotar a la Universidad de El Salvador de una carrera de historia.

Pero la historia no es la verdad definitiva sobre el pasado, sino apenas una modesta manera de intentar buscarla. Por eso el historiador continuamente trata de renovar su agenda cuando se pone a la escucha de las interpe-laciones, los cuestionamientos, las aspiracio-

nes y los lamentos de sus contemporáneos. El historiador sabe que su responsabilidad social consiste en servir de mediador en las preguntas que el presente le formula al pasado. De esta manera, debemos aceptar que el historiador sólo puede desempeñarse como tal si tiene la capacidad de tomar distancia de las pasiones de sus contemporáneos, pero, en sentido inverso, sólo puede ser mediador si tiene la capacidad de sentir, escuchar y comprender el sentido de esas pasiones y alimentar con ellas su quehacer. Mientras más conozca el presente mejor puede estudiar el pasado. Pero nada de esto lo dispensa de las exigencias que como a cualquier otro ciudadano le corresponden. En algunas circunstancias, tendrá que tomar partido, como hombre o como mujer, y la historia apenas le servirá de razón y sin razón para su apuesta.

Enero de 2002.